

le dejasen ir, sino que le matasen, porque les queria entregar á sus enemigos, que ya estaban conjurados con él para entrar en sus tierras.

Eran los carrigios blandos de suyo y muy humanos; pero tales cosas les dijo aquel vengativo deshonesto, que le creyeron y resolvieron de matar al H. Correa y su compañero. Sálenles al camino, matan á los dos brasiles que llevaban consigo, y á la venida los habia el H. Correa librado de la muerte. Hacen lo mismo con el H. Juan de Sosa, que se puso de rodillas á orar y á ofrecer con más reverencia su vida en sacrificio. Acometen luego al H. Correa que les estaba exhortando no cometiesen tal maldad, mas ellos le tiraban sus saetas. Entónces el santo Hermano, con rostro muy sereno y alegre, hincóse de rodillas, arrojó el báculo que llevaba de las manos, levantólas al cielo juntamente con los ojos y el corazon, y entre amorosos coloquios con Dios, y suspiros que enviaba al cielo, puso su santísimo espíritu en las manos del Señor, por las cuales fué traspasado al paraíso celestial para recibir el premio de lo mucho que trabajó en cinco años que vivió en la Compañía.

Fué su dichosa muerte el año de 1554, y aunque este santo Hermano no murió por odio que tuviesen aquellos indios á nuestra religion, murió por odio que tuvo aquel mal cristiano á la castidad y justicia y en venganza del heróico celo y cristiana hazaña que habia hecho el H. Correa.

Luego que se supo su muerte en el Brasil, la sintieron todos mucho, especialmente los indios que habia convertido el siervo de Dios, los cuales le lloraban amargamente. Ni sólo se contentaron con llorarle cada uno en particular, pero se juntaron en comunidad, y á media noche le comenzaron á llorar, interrumpiendo el llanto con estas voces: «Ya ha muerto el príncipe de nuestra lengua; que nos decia verdades. Ya nos ha faltado el único intérprete de la verdad, que nos amaba entrañablemente. Ya nuestro padre, y hermano, y amigo ha muerto.»

Con estas tristes lamentaciones pasaron toda la noche hasta la mañana; tanto como esto amaban al santo Hermano y tanto bien él habia hecho á los brasiles despues de religioso por el mal que les habia causado siendo seglar, pues le llegaron á amar tanto.

Es verdaderamente excelente ejemplo de penitencia la vida de este Hermano, pues satisfizo no sólo con el corazon, sino con obras y trabajos tan grandes, lo que habia errado y pecado ignorantemente.

Escribieron la vida y martirio del H. Pedro Correa y su compañero, el P. Nicolás Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía*, lib. 14; el P. Pedro Jarich, en el tomo II de su *Thesaurus indico*, lib. 1.º, capítulo XXIV; el P. Pedro Rivadeneira, lib. 4.º de la *Vida de S. Ignacio*, capí-

tulo XII; el P. Pedro Mafeo, lib. 16, de su *Historia Indica*; el P. Spineló, en su libro de *B. Virgine*, cap. XX; el Catálogo de los *Mártires de la Compañía de Jesus*, y Antonio Vasconcelos, en la descripción de Portugal.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DIAZ

CON OTROS ONCE DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

LA riquísima flota para el cielo que embarcó el siervo de Dios Ignacio de Acevedo, no paró sólo en los cuarenta mártires que con él dieron sus vidas á manos de corsarios herejes; en otro navío tuvieron otros doce de la Compañía semejante dicha; porque algunos religiosos de los que llevaba al Brasil, se quedaron con el P. Pedro Diaz en la isla de la Madera, y no son ménos dignos de memoria que los pasados, pues los trabajos que padecieron por Cristo, no fueron menores; pasaron grandes tempestades que les derrotaron por diferentes puertos en las islas de barlovento, Sto. Domingo y Cuba.

Llegó la nave del P. Pedro Diaz á la isla de Cuba, toda destrozada, hasta el puerto de Santiago, que, sin tener otra nave, la hubieron de dejar, tan perdida estaba; y así fueron los religiosos á pié y descalzos y en tiempo de grandes lluvias, por pantanos y sin hallar que comer, hasta que despues de tres dias toparon en otro puerto una embarcacion descubierta toda al cielo, que no tenian donde defenderse ni de las aguas, ni de los vientos, y así no sólo su corto matalotaje, sino los mismos vestidos que traian puestos se les pudrieron.

Con este trabajo llegaron á la Habana, habiendo andado setenta y cuatro leguas. De esta manera ejercitaba el Señor á sus siervos y les disponia para la corona del martirio, y ellos tenian tan grande caridad, que nada les parecia mucho padeciéndolo por Dios.

De la Habana tornaron á las Terceras, adonde hallaron á D. Luis Vasconcelos y al P. Francisco de Castro con otros cinco compañeros; allí se recogieron catorce de la Compañía con el P. Diaz en la nave *Capitana* del gobernador D. Luis de Vasconcelos, el cual fué forzado á dejar las otras naves

que llevaba por la mucha gente que se le había ido y muerto, y con la que le había quedado armar bien una sola nave, y con ella se partió de la isla Tercera para el Brasil á los seis de setiembre del año de mil y quinientos y setenta y uno.

Habiendo navegado con prósperos vientos ocho días, descubrieron á deshora cinco naves de alto bordo, cuatro de franceses, de las cuales venia por capitán Juan Cadavillo, francés, tan grande hereje y tan cruel enemigo de los católicos como Jaques Soria, y una de ingleses, y todas de corsarios herejes y enemigos capitales de nuestra santa religion.

Conoció luego D. Luis su peligro, y exhortó á los suyos á pelear valerosamente por la fe, por su ley y por su vida. Los de la Compañía los amonestaron con santas palabras que se pusiesen bien con Dios, si querian pelear bien y ser de él favorecidos. Y así se confesó el gobernador el primero y tras él los soldados y la demas gente, y hubo tiempo para hacerlo, porque intervino la noche poco despues que nuestra nave descubrió la de los enemigos.

Por la mañana al reir del alba, vinieron los herejes corsarios sobre ella, y aunque con grande resistencia y muerte de los suyos, la entraron y rindieron, habiendo muerto primero al gobernador D. Luis, que en la batalla, que fué muy reñida y porfiada, peleando animosamente, cayó traspasado de dos balas y de otras muchas heridas, y sin ser conocido, fué despojado de los enemigos y echado en la mar.

Muerto el capitán, rindieron los enemigos la nave y se apoderaron de ella, y entrando con gran furia en un aposentillo donde el P. Castro oia á la sazón de penitencia al maestre de la nave, que estaba herido y para espirar, viéndole, conocieron que era Sacerdote católico, y que administraba el Sacramento de la Confesion, que ellos tanto aborrecen, y con grande rabia dieron en él, y con muchas estocadas y heridas le acabaron.

Lo mismo hicieron al P. Pedro Diaz, que tambien habia estado hasta aquella hora confesando, y habia acudido adonde estaba el P. Castro y al H. Gaspar Goes que, por ser mozo de tierna edad, le habia mandado el Padre que no se apartase de su lado.

Los otros once que quedaban vivos se juntaron á consolarse y esforzarse unos á otros para morir constante y alegremente por la fe católica. A todos, así como estaban, despues de haberlos todo aquel día ultrajado, dádoles de bofetones y maltratado con mil escarnios, les ataron los herejes las manos atrás, y los encerraron en un aposento, y les pusieron sus guardas. Mas porque el H. Miguel Aragonés, al tiempo que le ataron las manos, dió un gemido del dolor que sintió por estar malamente herido en un brazo, echaron mano

de él y de otro Hermano que estaba á su lado, llamado Francisco Paulo, y dieron con ellos en las ondas del mar, donde constantemente acabaron. Los demás estuvieron aquella noche atados, oyendo grandes baldones é injurias contra sí, y horribles y espantosas blasfemias contra Dios nuestro Señor y contra su Iglesia, que aquellas furias infernales vomitaban.

Venido el día, la primera accion que hicieron los herejes fué condenar á muerte á todos los jesuitas, sus grandes enemigos, que así llaman y por tales tienen á los de la Compañía. Al principio determinaron de colgarlos á todos de la antena de su nave; pero despues, entendiendo que podrian sacarles grandes riquezas de oro y plata, que ellos pensaban que llevaban de Portugal, para fundar y adornar las iglesias en el Brasil; se detuvieron hasta que se desengañaron. Con las espadas desenvainadas les amenazaban y decian: «Malditos Papistas, aquí habeis de perecer todos.» Ninguna humanidad usaron con ellos, dejándolos en ayunas aquella noche y día.

Mandó el capitán Cadavillo que dejando en aquella nave dos, que eran el H. Diego Carvallo y el H. Pedro Diaz, del mismo nombre que el Padre que habia ya muerto, á los cuales tambien mataron despues, porque nunca más parecieron; llevasen los demás á su navío. Aquí empezaron de nuevo los malos tratamientos é injurias: llamábanles perros, ladrones, embusteros, engañadores: decian los herejes: «Por estos jesuitas queda, que no haya paz en el mundo y florezca en todo él nuestra religion; ellos contaminan á Alemania, Francia, Brasil y á todo el mundo con su doctrina falsa.»

Los siervos de Dios á todas estas palabras generales é injurias propias callaban con gran paciencia, como reses que llevan al matadero. Pero procediendo las sacrílegas bocas de los herejes á decir mal del Sumo Pontífice y muchas blasfemias contra los Santos y contra los Sacramentos de la Iglesia, principalmente de la Eucaristía, les resistian, respondiéndoles con gran valor. Los herejes no lo pudieron sufrir; cargaron sobre ellos muchos bofetones, puñadas y golpes, principalmente sobre los que tenían corona abierta, en los cuales daban como en yunque de herrero.

Al H. Pedro Fernandez, que era novicio, pero de gran fervor, le quitaron la sotana al entrar en el navío y se quedó en calzas y en jubon, el cual temiendo que le tuviesen los demas por seglar, y así careciese de la palma del martirio, procuró con la modestia que siempre guardaba, dar á entender que no le faltaba hábito de la Compañía, y así, andando sus ojos bajos é inclinada la cabeza con gran compostura, no se apartaba un punto de los demás. Enfadados los herejes de su rara modestia, le tomaron, y por fuerza le alzaban la cabeza, dándole muchas bofetadas y forzándole á que abriese los ojos; pusieronle tambien dos palos debajo de la barba, para que tuviese le-

vantado el rostro. Decíanle: «Perro, levanta la cabeza y extiende la frente,» con otras muchas injurias. Él lo llevaba todo con tanta serenidad y gusto, como si estuviera en las mayores fiestas del mundo, que á los mismos herejes admiraba. Alzó algunas veces los ojos, pero al cielo solamente, dando muchas gracias á Dios por haberle hecho digno de padecer contumelias por su nombre. Decía con gran ternura y afecto: *Señor, ¿qué merecimiento hay en mí para que padezca por ti?*

Al fin se cansaron los tiranos de maltratar á los siervos de Dios, no ellos de sufrir, ántes se animaban con mayor fervor unos á otros. Esmerábase entre todos este bendito H. Pedro Fernandez, animando á los demás con su alegre rostro, raro ejemplo y fervorosas palabras, diciendo, que no podían esperar en el mundo mayor bien ni más digno de un cristiano.

Allegaron algunos á disputar con los siervos de Dios, proponiéndoles varias cuestiones, á que ellos respondían mejor que quisieran los herejes. Uno entre otros les dijo: «¿No veis, Papistas, cómo estais cautivos, y en nuestra mano y potestad? ¿Para qué rogais á los Santos y á la Virgen, pues no os libran de nuestras manos?» A esto respondieron los santos confesores de Cristo: «Si nos conviniera vivir más, la Virgen y los santos nos librarán de la muerte y de vuestras manos, pero porque nos está mucho mejor morir por la fe verdadera, por esto es gran merced que no nos libren, sino que muramos todos.»

Pareció á los infieles blasfemia esta divina filosofía de los siervos de Dios, y empezáronles á escupir y echar en sus modestísimos rostros asquerosos flemones envueltos en mil baldones é injurias. Uno de aquellos herejes dijo al H. Alonso Fernandez, que habia hablado con más libertad: «Por esta respuesta solamente has de morir, maldito.» El santo confesor respondió en nombre de todos, como su Superior, á quien los demás habian elegido por tal despues de muertos los otros dos Padres, y dijo: «No solamente yo, pero todos mis compañeros estamos muy determinados á morir, cuando Dios fuere servido.» «Pues esperad un poco,» dijo el hereje, «perros infames, y yo os quebraré la cabeza y arrojaré en el mar.» Fuéronse á cenar los herejes, y entre tanto dieron con mucho más afecto gracias al Señor sus siervos por lo que padecían por Él, y por la corona del martirio que ya esperaban por momentos.

El entretenimiento que tuvieron los herejes despues de cena, fué coger aquellas víctimas consagradas para el cielo, y echarlas, no en el fuego, sino en la mar, cuyas muchas aguas no pudieron extinguir las llamas de su caridad, en las cuales hicieron holocausto de sí á su Dios y Señor.

El fervoroso H. Pedro Fernandez y el H. Juan Alvarez luego se hundieron

por no saber nadar; los otros cinco se juntaron y exhortaron unos á otros á morir por Jesucristo, hasta que, acabándoseles las fuerzas y el aliento á los tres de ellos, diciendo: *Tibi soli peccavi*, é invocando afectuosamente el santo nombre de Jesus, por cuyo amor morían; se hundieron sus cuerpos debajo de las aguas, pero sus almas volaron sobre los cielos.

De los otros dos, el uno, que se llamaba Diego Hernandez, nadó tanto, que llegó á uno de los bajeles franceses más pequeño, que iba algo zorrero, donde fué acogido y amparado por voluntad del Señor. El otro, que se llamaba Sebastian Lopez, quedó en la mar de noche y muy oscura, y cayendo mucha agua del cielo. Pero viendo de léjos, como una media legua, en uno de los navíos luz, siguiéndola los alcanzó y rogó á los de dentro que le ayudasen y acogiesen. Halló malas palabras y peores obras, como suelen ser las de los herejes, y por postrer remedio se fué á una de las barcas ó esquifes que llevaban, y en él fué admitido de un hombre que, aunque era hereje y enemigo, no era tan cruel ni furioso como los demás, y en fin, tenia algo de hombre. Este le acogió y escondió en un rincón, dándole de comer y vestido con que se cubriese.

Los que murieron en esta nave fueron doce. El P. Pedro Diaz, el P. Francisco de Castro y los HH. Alonso Hernandez, Gaspar Goes, Andrés Pais, Juan Alvarez, otro Pedro Diaz, Fernando Alvarez, Miguel Aragonés, Francisco Paulo, Pedro Hernandez, Diego Carvalho. Y los dos que escaparon nadando (de los cuales y de otros se supo este discurso) se llamaban Sebastian Lopez y Diego Hernandez, como está dicho.

No se contentaron los herejes esta vez ni la pasada con derramar la sangre inocente de tantos siervos de Dios porque defendían y predicaban su santa fe católica, pero tambien mostraron su rabia y furor contra el mismo Dios y contra sus Santos. Porque habiendo hallado algunas reliquias é imágenes de Santos, y *Agnus Dei*, y cuentas benditas, y otras cosas de devoción, que los nuestros llevaban para su alivio y consuelo y para despertar la piedad de los fieles del Brasil, contra todas ellas mostraron los herejes su impiedad y aborrecimiento, arrastrándolas, pisándolas y haciendo en ellas todo el escarnio y ultraje que podían, y finalmente, echándolas en la mar, para que por sus mismas obras conociéramos quién es el que los guía y mueve á hacer cosas tan impías, crueles y lastimosas. Quemaron tambien las reliquias que toparon, diciendo mil blasfemias contra los santos cuyas eran. Despues de veinte dias hallaron dos imágenes, una de la Virgen, otra del Arcángel San Gabriel, y luego las hicieron pedazos, y á la de S. Gabriel la cortaron la cabeza, la cual trujeron por toda la nave, haciendo grandes escarnios.

No disimuló Dios la atrocidad de estos hombres, porque el principal tirano

Cadavillo fué despues muerto en su misma patria de un albardazo desastrosamente, y uno de los marineros llamado Craso Pedro de Brobaje, que más se señaló en echar al mar los santos mártires, se cayó en el mar y se ahogó miserablemente.

Fué el martirio de estos benditos religiosos un inestimable beneficio que del Señor habemos recibido y un estímulo grande, para imitar á los que nos van delante, y para buscar nuevas ocasiones de amplificar y extender por todo el mundo la luz del santo Evangelio, y sacar de las uñas de Satanás las ánimas que Cristo nuestro Señor con su sangre redimió, aunque sea á costa de la nuestra y con pérdida de todo lo que el mundo suele prometer y no puede cumplir.

El martirio de estos siervos de Dios escribieron el P. Rivadeneira, en la *Vida del B. Francisco de Borja*, lib. 3.º cap. XI; P. Luis de Guzman, en la *Historia de las misiones*, lib. 3.º cap. LI; P. Pedro Maffeo, in Apend. epist. 2, *Centuria Martyrum Societatis*; P. Antonio Vasconcelos in *Descriptione Regni Lusitani*; P. Spineló en su *Throno Virgineo*, cap. XX; Jacobo Damiano, lib. 3.º cap. IX, y más cumplidamente el P. Pedro Jarich en el tomo II su *Tesouro indico*, lib. 3.º cap. XXVI.

P. NIEREMBERG.

P. JOSÉ DE ANCHIETA

I

ENTRE los santos que la Majestad de Dios ha escogido para mostrar lo que puede su omnipotente brazo, se podrá contar con los más señalados y raros en la gracia de hacer milagros y don de profecía, el nuevo Taurmaturgo y Venerable P. José de Anchieta.

Nació en una de las islas Canarias llamada Tenerife, año de 1533. Su madre fué natural de aquella tierra, su padre de Vizcaya, personas nobles y ricas.

Enviaron á su hijo, siendo ya de bastante edad, á Portugal, para que aprendiese letras en la Universidad de Coimbra; era de muy vivo ingenio, de natural no ménos amable y ajustado á la virtud, y así daba ejemplo á los demás

estudiantes en modestia y compostura. Iba juntamente con la edad y sabiduría creciendo en gracia para con los hombres y para con Dios, que le comunicó un gran deseo de pureza virginal.

Estando un dia rezando delante de una imágen de la Sacratísima Virgen, y deseoso de alcanzar las virtudes que la fuesen más agradables, la consagró con voto su virginidad que hasta entónces habia guardado y despues guardó toda su vida. Pagóle la Madre de Dios este servicio, alcanzándole muchos dones del Espíritu Santo é inspiraciones divinas, entre las cuales fué una que se entrase en la Compañía de JESUS, que empezaba á nacer en el mundo; poniendo la Virgen de su mano esta preciosa esmeralda en el edificio, ó por mejor decir, en el fundamento de esta nueva religion, que con la santidad y prodigiosos milagros de José habia de ser ilustrada.

De diez y siete años era cuando entró en la Compañía, pero presto se adelantó con su virtud á los antiguos. En ejercicios de humildad, penitencia, obediencia y toda mortificacion, no habia quien le echase el pié delante; vino á faltarle la salud por algunos excesos de penitencia que hizo; y por estar de rodillas y ayudar Misas, que eran por lo ménos ocho cada dia, se le causó un dolor excesivo en el espinazo, que él llevaba con gran paciencia, sin quejarse ni decir palabra; sólo se apretaba mucho la cintura, porque le parecia que con esto pudiera perseverar en la devocion de las Misas, pero ántes fué ocasion este su silencio y apretura que se sacudiesen del hueso sacro las cabezas de los huesos de los muslos, de donde resultó mayor daño al espinazo; de manera que se le torcieron las costillas y se le desconcertaron los hombros y la espalda, de modo que la medicina no halló ya remedio para su mal, sin que le quedase por toda su vida algun torcimiento.

Concurrieron otros achaques, que le daban cuidado no le dejasen inútil para trabajar en servicio de las almas, que era lo que deseaba más ardentemente; porque el amor que tenia á Dios, le hacia que se abrasase en amor de los prójimos, deseando la salvacion de todo el mundo.

Declaró esta su pena y cuidado al P. Simon Rodriguez su Provincial, uno de los primeros compañeros de S. Ignacio, el cual dejó muy consolado á José con decirle estas palabras solamente: «Perded, hijo, ese cuidado que no os quiere Dios con más salud.» Desde entónces no tuvo más pena por la falta que tenia de ella.

Como Dios tenia escogido á su siervo para predicador y como un nuevo apóstol de muchas gentes, ordenó que la misma falta de salud que le habia de estorbar fuese ocasion de que más presto le enviasen al Brasil, esperando que con los aires del mar, por haber nacido en medio del Océano, se habia de mejorar: fuera de que su rara virtud y celo prometia que aún con poca